

"Yo fui un ladrón". La confesión de "Orlando", un ladrón arrepentido

Elite, 1951-04-21.

Estamos en la calle más céntrica de una ciudad colombiana. Son las tres de la mañana. No se oye otro ruido que el del batir furiosos de la lluvia contra el pavimento. Se siente un frío húmedo que hace tiritar los huesos. Todo parece dormido o muerto. Hasta el bombillo de la esquina tiene la luz mortecina y blanca. Y se refleja temblando sobre el brillo de objetos recién lavados por la lluvia, que cae, contra el suelo ahíto de agua. Del otro extremo de la calle viene un bulto arrimado a la pared. Y se esconde. Vuelve a correr un pedazo. Y se incrusta de nuevo en la pared. Ya viene. Ahora está más cerca de la luz, y la pausa es más larga. Es un muchachito de apenas 13 ó 14 años. Delgado, pálido, no mal vestido. Los ojos ansiosos, las manos en el bolsillo, se le mueve la quijada con un tic nervioso. Puede ser de frío, puede ser de miedo. Un muchachito a esa edad y con este frío debe sentir las dos cosas. A esa edad se empieza a hacer el hombre, pero se tiene miedo a la oscuridad y a los ladrones. ¡Y qué le habrá traído aquí a estas horas y con este frío!...

Mira a la izquierda, a la derecha, como si alguien fuera a aparecer por las bocacalles. Y la calle sigue desierta, sigue lloviendo, sigue haciendo frío... Transcurre un cuarto de hora. En algún reloj público suena una campanada. Era lo que faltaba para inclinar la balanza de la indecisión. El niño saca de su bolsillo un trapo, envuelve con él su puño derecho, se agacha al borde de la acera, chapotea la mano cubierta en un charco, y atraviesa la calle: se planta ante una vitrina, mira a los lados, contempla el trapo que envuelve su puño y ¡plum!... ruido de cristales que apenas trasciende. Deja caer el trapo, mete la mano en el agujero, y hurga nervioso en la oscuridad. Ahora corre, dobla la esquina y todo queda como estaba... Todo no. Además del cristal roto y la falta de algunos relojes en la vitrina de la joyería, se ha roto el trascendental equilibrio de un futuro hombre que roba por primera vez...

Una vida curiosa

Este joven que entra a la Redacción tiene un aire extraño. Asoma la cabeza antes de entrar, mira un poco de soslayo, y camina, al fin, como si temiera hacer ruido, aquí, donde no hay un momento de silencio. Al hablarme lo hace en voz tan baja que huele a confidencia. A mi ruego, no habla más duro, se acerca más: "Yo fui un ladrón hasta hace tres meses... Vengo a ver si le interesa mi colaboración". Abrí los ojos como dos platos, y le ví sonreír como si hubiera logrado su efecto. "Me llamo "Orlando". No es éste, precisamente mi nombre de pila, pero puede servir. De los que he usado en mi vida de ratero éste me gusta más, y acaso me pertenezca más que el propio. Yo quisiera proponerle lo siguiente"...

"Orlando" tiene 21 años. Me lo dijo él: yo calculé que tendría unos cinco más. Tiene los rasgos más acusados, las arrugas más profundas de lo que es corriente a esa edad. Es un joven pálido, delgado, y de hombros tan cuadrados que parece un poco cargado de espaldas. Tiene el pelo moreno, la frente despejada y de acentuada convexidad; los ojos hundidos, las alas de su nariz remachada abiertas y nerviosas, las cejas finas, el cuello delgado. Viste un traje de franela blanca, camisa blanca y corbata roja, de un rojo vivo y brillante. Al hablar apoya su barbilla contra el extremo de un periódico arrollado que lleva en la mano, como si quisiera poner sordina a sus palabras. pero soy todo oídos. Aquí no se presenta un ladrón así todos los días.

El origen de un ladrón

"Orlando" nació en San Rafael, Estado Zulia, en marzo de 1930. Su padre pasó a Colombia cuando apenas tenía él dos años. Desde entonces no ha vuelto a ver a su madre. Su padre le ofreció otra que zarandeaba al pequeño con el menor pretexto. "Orlando" se crió como se desarrolla un quiste en un cuerpo enfermo. Hasta su padre acabó por tomar manía a este "motivo" de discordia. y el niño empezó a construir ese muro de desconfianza que le ha separado siempre de todo el que le rodea. A los 12 años volvió de nuevo a su país. Viajó con malas compañías, las únicas buenas para poder cruzar la frontera y ayudarle a comer. Este mundo rateril era aparentemente el único donde podía conseguir cierto respeto. Rapaz inteligente, huidizo, ágil, no ponía el menor reparo en afrontar un riesgo y lo hacía con disimulo, con astucia, con naturalidad. Pero todavía no había llegado al robo. Lo utilizaban para vender prendas robadas, y timar con bisutería barata. Esta especialidad duró hasta que regresó a Colombia y tuvo oportunidad de "doctorarse" donde se gradúan todos los ladrones, en la cárcel.

El "doctorado" entre rejas

Cuando "Orlando" entró en la cárcel, todavía no era un ladrón. Su negocio de pasar cobre por oro a tanto iluso y ambicioso como hay, daba holgadamente para comer y algunos vicios. Daba también para comprarse un arma y añadir el pedazo de hombre que faltaba a su cuerpo enclenque de adolescente. Y ese cacho de hombre que llevaba en el bolsillo le dió fuerzas para enfrentarse a otro ya maduro después de una discusión en un bar. El hombre le escupió con desprecio y el "nene" le disparó tres tiros. "Orlando" salió con un navajazo en el vientre para la enfermería de la policía. Le condenaron a varios meses de cárcel, y allí aprendió a robar.

– El ladrón no lo pasa mal en la cárcel. Allí se sigue robando y el negocio da para comer y los vicios.

Generalmente se tiene muy poco cuidado en seleccionar a los delincuentes que sufren condenas juntos. Y se mezclan individuos de muy diferente condición. "Orlando" se unió muy pronto a la "cuerda" de los "choro", los "galafardo" o "galo", como se

nombran los rateros; sus antecedentes, y sobre todo, la guapeza con que se defendió con el arma, le concedieron título para alternar con los maestros. En la celda había hombres que se mantenían aislados y asustados. Algunos permanecían unos pocos días por los motivos más simples: una infracción sin importancia, un choque, un accidente. Y les desplumaban. En esta escuela aprendió "Orlando" a deslizar los dedos como tentáculos que siempre hacen presa sin mover siquiera el aire; aquí aprendió a contar historias interminables que hacían compadecer al "punto" hasta rendírsele en confianza, aquí, en la cárcel, aprendió a observar la reacción del sujeto para no cometer la menor falta en el desempeño del oficio: "Nunca me han agarrado por reacción del sujeto. El ladrón conoce bien los medios que pueden ser eficaces para cada individuo. Si falla uno, marcha atrás, y otro; pero el golpe final es siempre seguro. Casi siempre que se agarra a un ladrón median circunstancias externas al sujeto que se trata de robar, casi nunca por reacción del robado".

La cárcel es, sobre todo, una escuela de experiencia. Durante los interminables ratos de ocio se van contando las suyas y tienden, sobre todo, a analizar las causas por las que fueron apresados, la forma en que se dejaron coger. El ladrón nunca piensa en la cárcel en redimirse. Nace en él una especie de espíritu deportivo, y estudian sus jugadas calculando sus posibilidades frente a las tácticas policiales y sus recursos. Para él la policía es una especie de mal inevitable. Al frente común que oponen los funcionarios de la ley tiene que enfrentar él un espíritu de colaboración similar con los del "oficio", y se habla de él como si fuera una profesión cualquiera.

Cuando "Orlando" abandonó la cárcel ya era un joven ducho en "bombear", hacer el "balurdo"...

– ¿Sabes trabajar "toco"?... –le dijo el primero del gremio con quien tropezó al salir.

Trabajar "toco" consiste en saber jugar la treta del "quintico de lotería". Si sabía, y practicó; pero "Orlando" tenía más confianza en sus viejas artes de vender joyas de hojalata, y se dedicó más a esta especialidad.

El primer robo, "robo de verdad", lo cometió aquella noche en la joyería. "Orlando" venía observando aquella vitrina desde hacía mucho. Y le pareció fácil robar allí. Trató de conseguir la colaboración de algunos amigos. Pero no se atrevían: "Es mucho riesgo para nada, eso no sirve"... Pero sí sirvió. Aquella noche de lluvia y frío parecía ideal. Y quería probarlo. Todo salió tan bien, que le quedó la gana de probar de nuevo. Era la manera más sencilla de ganar dinero. Esa y la del "paquete chileno". En verdad, ésta es casi su especialidad.

"El tiempo es oro"...

Los que viven al margen de la ley necesitan cambiar de aires con frecuencia. Tienen un olfato especial para percibir el menor signo de riesgo y cambian de escenario. "Orlando" y su "cuerda" vivían como a horcajadas sobre la frontera y saltaban de un lado a otro como si estuvieran jugando al escondite. Venían a Venezuela, "paraban" algunos reales, y volvían alegremente a gastarlos a Colombia, sin dejar enmohecer las "herramientas". Con ocasión de la carrera automovilística Grancolombiana plantaron su tienda en

Maracaibo. Hobo "campo" y "fruto". Y como están siempre al tanto de los acontecimientos hicieron de paso la plaza de Guanare en fiestas. A "Orlando" le dió por hacerse el sentimental, y perdió el tiempo con una muchacha. Se reunieron cuando terminaron los festejos. Todos menos "Orlando" tenían de 4.000 a 5.000 "bolos" en el bolsillo. Todos menos él volvieron a Maracaibo; él quería recuperar el tiempo perdido, que es oro cuando se sabe aprovechar... ¡Si apenas le quedaban 50 bolívares! Eran las cuatro de la tarde...

Tomó el autobús que va al Santuario. Tomó asiento y retuvo el contiguo con la excusa de que estaba ocupado, hasta que llegó un caballero buen "sujeto". Cinco minutos después había conseguido su cartera, y en sus mismas narices. ocultando sus manos dentro del sombrero, sacó 800 bolívares en billetes y un resto de plata. Con la misma tranquilidad, sacó su pañuelo, cubrió con él la cartera vacía, y como quien hace un gesto de saludar a alguien sacó el brazo por la ventanilla dejando caer la cartera. Bajó en la próxima parada, y regresó a Guanare. Entró a un botiquín y pidió un fresco. La pobre mujer que atendía el establecimiento entró a la habitación para conseguirle bebida fresca. "Orlando" no llevaba intenciones de "trabajar", pero no pudo resistir la tentación: saltó el mostrador, abrió el cajón, y en menos que espabila un mosquito barrió con toda la plata y se largó: 400 bolívares. Buscó a un "tercio" local que sabía jugar "toco", y con el truco del "quintico de la lotería" consiguió 600 bolos más. Ya iba en 1.800 pero la cosa iba bien, y había que aprovecharse de las "hadas buenas". Como ya se había hecho de noche, había posibilidades de hacer "trabajo de sueño". El "trabajo" consiste en robar de noche las habitaciones. Total: reunió casi 4.000 bolívares. Cuando se sabe aprovechar, "el tiempo es oro".

La primera ficha por robo

Le "cazaron" en la esquina del Cují. Estaba haciendo de "cubierta", un truco habilísimo consistente en ofrecer buen trabajo mediante una fianza. El "cubierta" se queda con la cantidad. Ya el "tipo" estaba trabajado, y los reales en el bolsillo de "Orlando". Este le advirtió al timado que esperara un rato, hasta tanto regresara del comercio vecino, donde iba a telefonar. "Orlando" se metió en un carrito por puestos; pero éste no arrancó hasta recoger un pasajero más, y entretanto el "tipo", un tanto alarmado, logró darle alcance. A sus acusaciones, "Orlando" respondió airado, y hubiera podido escabullirse de la confusión si la policía tarda sólo medio minuto más en llegar. Así le ficharon por primera vez. Como carecía de antecedentes penales, le retuvieron poco tiempo.

"Orlando" no siente la menor pena al confesar su pasado. Le asiste la confianza del que va a rectificar, y la convicción de no haber sido él el responsable. Lo que hay que curar es el medio donde se forma el ladrón, porque el ladrón mismo esta fuera del alcance de las medidas policiales. Estas podrán apresarle, podrán confinarle; pero no extirpar el mal, lo aíslan, y quedan al margen de la sociedad. Para incorporarle a ella es menester remediar el ami desde su infancia. Aquí en Venezuela, el Consejo Venezolano

del Niño cumple una magnífica labor educativa y regeneradora. Es menester prestarle la ayuda con la amplitud que merece el problema que le toca resolver.

Dolor de atrición

Hace algún tiempo, "Orlando" tropezó en Barranquilla con un compañero de oficio enfermo. Hacía mucho que no le veía. Acababa de cumplir condena en una penitenciaría. Su compañero de trabajo estaba desfigurado. La tisis había convertido aquel cuerpo joven en un cirio retorcido y blanco pronto a extinguirse. Eso le dió qué pensar durante algunos días. Y dejó de trabajar. Pero las necesidades volvieron a "puyarle", y se olvidó de nuevo un poco de las consecuencias.

No hace mucho se repitió la escena. Esta vez tropezó en Caracas con un amigo en las mismas circunstancias. Acababa de regresar de El Dorado, y estaba desfigurado... "Orlando" no quería ir a la penitenciaría, él quería ser un hombre honrado como los demás, y como ellos quería formar parte de la sociedad. Además, tenía novia. El conoció a una mujer buena en Barquisimeto; una mujer que le prestará el calor y el estímulo que le faltó de niño, cuando no tenía quien le reprendiera ni le hiciera una caricia...

El ladrón es generalmente inteligente, necesita serlo. La necesidad aguza la inteligencia. La naturaleza desarrolla en el humano aquello de que está necesitado, y singularmente el ladrón necesita de mucha inteligencia para realizar su trabajo. Es una inteligencia deformada. Dirigida a cumplir un objetivo exclusivo: engañar al prójimo y sacar partido de sus descuidos. Orientados a jugar con la cabeza, dan en despreciar el sentimiento de piedad, de solidaridad, por lo menos de una manera general como lo entendemos nosotros. Es que lo necesitan. Si el ladrón fuera capaz de sentir remordimiento por lo que hace, le sería intolerable la vida. Y esta deformación comienza generalmente desde niño, desde la edad del regazo de una madre.

Semilla de un nuevo hombre

"Yo cuelgo la 'lira' cuando me gane una buena 'guita'" (dinero). Esto se proponen todos los ladrones, y suele ser el invariable objetivo que persiguen los profesionales del robo. Pero muy pocos cumplen la promesa. Es que nunca llega esa bastante "buena guita" con que sueña su ambición. Porque ésta crece a medida que logran mayores beneficios... Afortunadamente para "Orlando", él sí ha encontrado el camino. El es muy inteligente, y ha logrado convertir el dolor de atrición en uno de contrición sincero. Lo dicen su propósito de cambiar la delincuencia, el robo, con su experiencia. Ahora está escribiendo un libro. "Orlando" es un muchacho culto, y al servicio de la sociedad puede rendir mucho beneficio. Entretanto publique su interesante historia, iniciaremos en esta Revista la publicación de una serie de relatos ilustrativos de cómo se realizan los trucos más corrientes de timo y robo. Los relatos corresponderán a "Orlando". Nuestros amigos lectores apreciarán estas historias que les enseñarán a prevenirse de muchos disgustos.